



I

Me fusilaron, sí, pero no me mataron. ¿Os asombra esto, pobres niños? Pues no fui yo el único caso de esta supervivencia, resurrección ó como queráis llamarlo. Más de una víctima (y víctima fui, aunque me esté mal el decirlo) debió su salvación á la prisa con que fusilaban los franceses en las últimas horas de aquel bárbaro ejercicio, que fueron las de la madrugada. Rendidos de cansancio, nos despachaban sin el esmero que requiere la perfecta matanza; lo echaban á barato, y las correctas ejecuciones de la tarde del 2 fueron chapucerías indecentes en la madrugada del 3. Alabada sea, pues, la torpeza, alabado el mal humor de aquellos pobres soldados, cuya resistencia corporal apuraron cruelmente los empedernidos jefes... En fin, por lo que á mí toca, que Dios les premie su mala puntería .. amén.

Personas caritativas me recogieron. Fui á parar á una casa de las que llaman de *Tócame Roque*. Reconocieron en mi pobre cuerpo tres balazos: uno en la cabeza, sin importancia; otro en el brazo izquierdo, que á poco más me deja manco; el tercero en un costado, con herida grave, bala que se quedó dentro... Un mes pasé en dolorosa incertidumbre, que si vivo, que si muero... Si los franceses quisieron acabar conmigo, Dios lo dispuso de otro modo... Un sapientísimo albéitar me extrajo la bala, y me asistió solícito hasta curarme y dejarme como nuevo, en disposición de seguir tirando del carro de la Historia.

Á ello voy, y ahora será bien que sepáis cómo me determiné á buscar en el temple de Andalucía la seguridad de mi convalecencia. Algunos indiscretos conocedores de mi vida os dirán quizás que el móvil de mi viaje fué la querencia de aquel Cuento de Hadas que conocéis por las vagas indicaciones apuntadas en mi relato del 2 de mayo. Sin desmentir ni aceptar esta versión, os prevengo que en el relato de Bailén echo la llave al arca en que guardo cuanto se refiere á mi bella y espiritual Princesita, y que no pienso abrirla hasta que los sucesos de mi vida lleguen á mayor desarrollo y madurez. Sabed, por ahora, que á fines de mayo, cuando empezaba yo á saborear la recobrada salud, llegaban á mis oídos voces de levantamiento y guerra. Funcionaban con ardorosa diligencia las diversas Juntas formadas contra los invasores. En Valladolid se organizaba un ejército, que mandaba D. Gregorio de la Cuesta; en Asturias y Galicia, otro que mandaría el General Blake. El tercer ejército se organizaba en Andalucía con las tropas de todas armas que teníamos en San Roque, á las órdenes de Castaños, y las de Granada, regidas por Reding.

Y en tanto, Francia intrusa y conquistadora movía

sus peones en el tablero español. Fijaos en estos nombres de Generales de Napoleón, caudillos de poderosas fuerzas, que se disponían á sojuzgarnos en distintas partes de la Península. *Dupont* salía de Toledo para Andalucía; *Moncey* iba sobre Valencia; *Lefebvre* marchaba contra la capital de Aragón; *Duhesme* operaba en Cataluña; *Bessières* venía presuroso hacia Valladolid... Al propio tiempo se decía que Napoleón nos mandaba de Rey á su hermano mayor, llamado *Don José*, el cual, con el solo anuncio de su nombre y de su forzada soberanía sobre España, daba ocasión á las más acerbas y despiadadas burlas de los madrileños. Antes de conocerle, ya decía la gente que era hombre dado á la bebida, tuerto y extravagante.

Mucho influyó en mi determinación de visitar la Tierra de María Santísima la amistad que contraí con un mozo de mi edad, poco más, llamado Andrés Marijuán, aragonés, de Almunia de Doña Godina, el cual era servidor de una señora Condesa poseedora de tierras en Aragón y en Andalucía, y había sido requerido por su ama para el servicio de la casa y haciendas de Bailén, donde aquella dama residía. El genio franco y alegre de Marijuán casaba tan bien con el mío, que pronto fuimos amigos, y del trato amistoso pasamos al de hermanos. Nuestra pobreza nos eximía de los engorrosos preliminares de llenar baúles y prevenir las mil futesas que ha de llevar consigo el perfecto viajante. Dinero había muy poco y era todo de Marijuán; mas él lo aplicaba generosamente á mis necesidades como á las suyas, y yo tan contento. Á pesar de la desigualdad de bolsillos, no éramos amo y criado, sino dos amos que recíprocamente nos mandábamos y nos servíamos. En tal disposición emprendimos la marcha en un día que no sé si era de los últimos de mayo ó de los primeros de junio.

Á trechos anduvimos á pie; algunos días en macho, si nos franqueaban sus caballerías los arrieros que volvían á la Mancha de vacío. Nada digno de ser contado nos ocurrió hasta Manzanares, adonde llegamos desde Villarta en un lento carro de quejumbrosas ruedas. Casi al mismo tiempo que nosotros entraban tropas francesas en el pueblo. Eran las del General Ligier-Belair, que iba en socorro de un destacamento destrozado en Santa Cruz de Mudela. En Manzanares reinaba gran inquietud, y una vez que salieron los franceses, ocupábase todo el pueblo en armarse para ir en socorro de los de Valdepeñas, punto donde se creía inevitable un choque furibundo.

Como teníamos prisa, apenas descansamos con breve sueño en Manzanares, seguimos á pie nuestra caminata. Al siguiente día, á las tres horas de camino, divisamos una espesa columna de humo. La patria del buen vino ardía por los cuatro costados... Cerca ya de Valdepeñas, oímos prolongado rumor de voces y tiros de fusil. Nos fué imposible continuar por el arrecife, porque la retaguardia francesa nos lo impedía. Siguiendo el ejemplo de otros paisanos, nos apartamos del camino, corriendo por entre viñas y sembrados, sin poder acercarnos á la población. En esto vimos que la Caballería francesa se retiraba del pueblo, ocupando el llano que hay á la izquierda, y al mismo tiempo el incendio tomaba tales proporciones, que Valdepeñas parecía un inmenso horno. Los gritos, los quejidos, las imprecaciones que salían de aquel infierno llenaban de espanto el ánimo más esforzado.

De lejos, y al caer de la tarde, distinguíamos la columna de humo cubriendo el cielo de vagabundas y negras ráfagas. Marijuán y yo desahogamos nuestra ira en medio de la majestuosa soledad manchega, maldiciendo á gritos al tirano invasor de España.

II

Al pasar la Sierra me sentí completamente restablecido. El temple dulce, el vivo sol, la hermosura del país, el ejercicio, equilibraron al punto las fuerzas de mi cuerpo; respiraba con desahogo, andaba con soltura, sin sentir malestar alguno en mis heridas. Todo rastro de dolor ó debilidad desapareció, y me encontré más fuerte que nunca. En nuestro tránsito por villas y lugares, advertimos la inquietud febril y los preparativos de defensa. En La Carolina y en Santa Elena escaseaban mucho los hombres, porque la mayor parte habían ido á incorporarse á la legión formada por D. Pedro Agustín de Echevarri, partida cuya base fueron los valerosos contrabandistas del país. Quedaba, no obstante, en las angosturas de Despeñaperros bastante gente para detener todos ó la mayor parte de los correos, y en varios puntos, apostados mujeres y chiquillos, avisaban la proximidad del convoy para que luego cayeran sobre él los hombres. Cerca de Guarromán vimos grandes sementeras quemadas, señal de que los franceses arruinaban el país para dominarlo más pronto.

Un domingo por la mañana llegamos á Bailén, residencia del ama de Marijuán, término del viaje de éste y del mío, pues yo había ligado estrechamente mi suerte á la del mozo aragonés. Recibidos fuimos por la señora con afable cortesía y benevolencia, y al enterarse del pacto fraternal que habíamos hecho Andrés y yo, mostróse benigna conmigo, brindándome hospitalidad en su casa. ¡Cuán agradecido quedé á la noble dama, y cuán dispuesto á obedecerla en cuanto me mandase! Y ahora, queridos niños, en mi descanso de Bailén tomo aliento para describir con rápida pintura

la morada venerable y la nobilísima familia andaluza que dieron amparo á mi pobre existencia.

El palacio de Rumblar era un caserón de siglos pasados, de feísimo aspecto en su exterior. Las altas paredes de ladrillo; las rejas enmohecidas y rematadas en cruces; los dos escudos de piedra oscura que ocupaban las enjutas de la puerta, cuyo marco apainelado y con vuelta de cordel parecía remontarse á fecha más antigua que el resto de la casa; las dos ventanas angreladas junto á un mirador moderno; el farol sostenido por pesada armadura de hierro dulce, en cuyo centro se retorcián algunas letras iniciales y una corona, dibujadas con las vueltas del lingote; las guarniciones jalbegadas alrededor de los huecos; los pequeños vidrios, las celosías, y la diversidad y variedad de aberturas practicadas en el muro, según las exigencias del interior, lo asemejaban á todas las antiguas mansiones de la gente de pro. Por dentro resplandecía el blanco aseó de las casas de Andalucía. Había gran sala baja, capilla, patio con flores, habitaciones con zócalo de azulejos amarillos y verdes; puertas de pino, lustradas y chapeadas; gran número de arcones, muchas obras de talla, cuadros viejos, jaulas de pájaros, finísimas esteras, y sobre todo, una tranquilidad, un reposo y plácido silencio que convidaban á residir largo tiempo en aquella mansión.

En la pintura reverente de la familia de Afán de Ribera, ocupará el primer lugar la señora Condesa viuda, D.^a María Castro de Oro de Afán, etc., aragonesa de nacimiento, la cual era de lo más rígido, venerando y solemne que ha existido en el mundo. Parecía mayor de cincuenta años; alta, gruesa, arrogante, varonil. Usaba para leer sus libros religiosos ó las cuentas de la casa unas antiparras engastadas en gruesa armadura de plata, y vestía constantemente de negro, con traje

que á las mil maravillas á su cara y figura convenía. Aquélla y ésta eran de las que tienen el privilegio de no ser nunca olvidadas, pues su curvâ nariz, sus cabellos entrecanos, su barba echada hacia afuera y la despejada y correcta superficie de su hermosa frente, hacían de ella un tipo cual no he visto otro.

Tras de la madre pinto al hijo primogénito y mayorazgo, joven de veinte años, niño aún por sus hábitos, su lenguaje, sus juegos y su escasa ciencia. Don Diego Hipólito Félix de Cantalicio había sido educado, conforme á sus altos destinos en el mundo, bajo la dirección de un ayo de que después hablaré, y aunque era voluntarioso y propenso á sacudir el cascarón de la niñez, arrastrando por el polvo de la travesura juvenil el purpúreo manto de la primogenitura, su madre le tenía metido en un puño, como suele decirse, y ejercía sobre él todos los rigores de su carácter. Verdad es que el muchacho, con su instinto y buen ingenio, había descubierto un medio habilísimo para atajar la severidad materna. Cuando el sabio preceptor ó la Condesa no le hacían el gusto en alguna cosa, poníase los puños en los ojos, comenzaba á regar con pueriles lágrimas los veinte años de su cuerpo, y exclamaba: «Señora madre, yo me quiero meter fraile.» Estas palabras difundían el pánico en la casa. Procuraban todos aplacarle, y la madre decía: «No seas loco, hijo mío. Vaya, puedes montarte á caballo en la viga del patio, y te permito que le pongas al gato las cáscaras de nuez en sus cuatro patitas.»

Á estos dos personajes seguirán forzosamente las dos hijas de la Condesa: dos pimpollos, dos flores de Andalucía, lindas, modestas, chiquitas, frescas, sonrosadas, alegres, sin pretensiones á pesar de su nobleza, rezadoras de noche y cantadoras por la mañana; dos avecillas que encantaban la vista con el aleteo de su

inocente frivolidad. Eran pequeñas como el resedá; pero como el resedá tenían la seducción de un aroma que se anuncia desde lejos, pues al sentirles los pasos se alegraba uno, y aspirábamos su proximidad con delicia. Asunción y Presentación eran dos angelitos con quienes se deseaba jugar para verles reír, y para reírse uno mismo del grave gesto con que enmascaraban sus lindas facciones cuando su madre les mandaba estar serias.

Y por último, no quiero dejar en la obscuridad al ayo del joven D. Diego. Llamábanle comúnmente don Paco, y era un varón de gran sencillez y moderación en sus costumbres, aunque algo pedante. Estaba él convencido de que sabía latín, y citaba á veces los autores más célebres, aplicándoles lo que estos desgraciados no pensaron nunca en decir. También se preciaba de enseñar á sus discípulos acertadamente la historia antigua y moderna. Creíase muy fuerte en la vida de Alejandro el Grande, y además poseía en altísimo grado un arte que no á todos los mortales es dado cultivar con regular acierto. Era un consumado pendolista, que pudiera competir con esos colosos de la Caligrafía, Torío el Sublime y Palomares el Divino, y hasta con el gran Iturzaeta, habilidad que en parte había transmitido á D. Diego y á las niñas, cuyas planas llenaban de admiración al señor Obispo de Guadix cuando iba á pasar unos días en la casa. El instruído y excelente dómine temblaba de miedo delante de la Condesa cuando ésta le achacaba las faltas del niño. Vestía de negro, siempre en traje ceremonioso, aunque no nuevo, usando asimismo peluca blanca, rematada en descomunal bolsa. Á mí me trataba con gran dulzura, porque la hospitalidad — decía — fué don particular de los pueblos antiguos y debe ser practicada por los presentes para enseñanza de los venideros.

III

El patrimonio de aquella casa era bueno, aunque muy inferior al de otras familias de Andalucía y de Castilla; pero en la mente de la Condesa bullía el audaz pensamiento de entroncar su linaje con otro de los más alcorniados y poderosos, casando á D. Diego con la heredera de una nobilísima casa, dueña de inmensos estados esparcidos por toda la redondez de España. Con tales planes y designios vivía la señora en constante soñación halagüeña, sin descuidarse en los tratos y regateos para concertar el suspirado entronque. En Córdoba residían á la sazón las damas que representaban la casa poderosa; tenían parentesco, por afinidades cercanas, con los Afán de Ribera; la amistad se estrechaba más de día en día; todo iba bien; los anhelos de D.^a María marchaban por fácil camino hacia los reinos de Himeneo.

Para que el éxito fuera completo y redondo, trataba la Condesa de dignificar al hijo casadero, sacándole de su infantil simplicidad, y haciéndole galán y caballero de arrestos varoniles. Cuando vió cómo cundía el fuego de la guerra, y supo que Andalucía preparaba un grande ejército al mando de Castaños, adoptó una resolución dolorosa para su corazón materno, pero muy en armonía con sus deberes de jefe de una familia ilustre. Una mañana de los últimos días de mayo tomó asiento con desusada solemnidad en el sitio de honor de su estrado, hizo que las niñas se sentaran en taburetes bajos á un lado y otro, á D. Paco le puso á la derecha en pie, como canciller ó guardasellos de la casa, mandó á D. Diego que frente á ella se colocara con toda compostura y rigidez, y le echó este entonado discurso, que debo á la buena memoria del preceptor:

«Hijo mío, mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataría de pena, sino que aniquilaría nuestra casa y linaje. Eres mi único varón, eres el alma de esta casa, y sin embargo, preciso es que vayas á la guerra. Por tus venas corre sangre valerosa, y estoy bien segura de que á pesar de tus pocos años dejarás en buen lugar el nombre que llevas. Todos los jóvenes de la nobleza se deben á su Rey y á su Patria en estos terribles días en que un execrable extranjero se atreve á conquistar á España. Hijo mío, prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses, á que se diga que el hijo del Conde de Rumbler no disparó un tiro en defensa de su Patria. Los hijos de todas las familias nobles de Andalucía se han alistado ya en el ejército de Castaños; tú irás también, con una escolta de criados, que armaré y mantendré á mis expensas mientras dure la guerra.»

Al decir esto, la marmórea cara de D.^a María no se inmutó; pero Asunción y Presentación rompieron á llorar. El primogénito palpitó de entusiasmo al tomar parte en un juego que no conocía, y que visto de lejos es muy bonito.

Marijuán y yo llegamos cuando se hacían los preparativos y el equipo de guerra del mayorazgo. Todos trabajaban en aquella casa, y no eran las menos atreadas las hermanitas del señor Conde, porque á más de la delicadísima ropa blanca que con sus propias manos y bajo la inspección de la madre dispusieron, se ocupaban á toda prisa en arreglar unos lindos escapularios, no sólo para él, sino para todos los de la cuadrilla.

Me venía muy bien pertenecer á la legión del lindo D. Diego, la cual se componía de cinco números, que luego se elevaron á siete. Doña María nos equipó á todos, singularmente á mí, cambiando mis destrozadas

ropas por otras flamantes. Teníamos, por la señora, una peseta diaria de soldada, y manos libres, como era



de uso inmemorial en tropas adyecticias. Marijuán y yo nos conceptuábamos dichosos, y ya se nos hacían siglos los minutos que faltaban para que saliéramos á los anchos y alegres campos de la guerra.

Poco tardó el día de la partida. El traje y arreos del joven D. Diego eran elegantísimos: marsellés de paño pardo, con finos adornos rojos y azules, calzón de ante, ancha faja color de amaranto, botas de cordobán, ladeado sombrero portugués con moña de felpa

areones de la casa. Equipados todos, se nos dió á cada uno, á más del excelente caballo, un sable y dos pistolas. El bagaje se repartió entre todos. Un criado antiguo de la casa, que llevaba categoría de Mayor General, se encargó del dinero; otro, que iba como *Mariscal* ó albéitar, guardaba las ropas del Condesito; Marijuán y yo distribuimos en nuestras alforjas las provisiones de boca. La partida fué alegre por nuestra parte, por las niñas, lacrimosa, por D.^a María, grave y circunspecta. Entre mil cosas pertinentes á sus deberes militares, la Condesa encargó á su hijo encarecidamente que su primera obligación en Córdoba era visitar á *las primas*. Éstas eran las ilustrísimas damas con cuyo linaje, tan antiguo como el mundo, había de empalmar el no menos añejo de los Rumblares ó Afán de Ribera.

Hasta fuera del pueblo fué en nuestra compañía don Paco, el cual recordaba á su discípulo las máximas de Alejandro sobre la guerra, recomendándole una y otra vez que las pusiera en práctica al pelear contra los franceses, y que cuidase de sostener siempre el orden oblicuo disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos, porque á esto—decía—debió el gran Macedonio que siempre quedaran victoriosas sus difalangarquías y tetrafalangarquías.

Con tan sabia máxima, que el heredero de Rumblar juró cumplir al pie de la letra, despidióse el sabio maestro, y seguimos muy contentos nuestra marcha. No tomamos el camino real desde Bailén á Córdoba por no tropezar con la retaguardia del General Dupont, y en vez de las diez y ocho leguas y media de que consta aquella vía, tuvimos que andar unas veinticuatro; en nuestro rodeo llegamos á Menjíbar; desde allí, por Torredonjimeno, pasamos á Martos, y de Martos, por Aleudete y Baena, fuimos á buscar en Castro del Río la margen derecha del Guadajoz.

En el camino supimos la derrota de los paisanos y soldados de regimientos provinciales en el puente de Alcolea, y en Alcaudete nos informaron de la entrada de los franceses en Córdoba, y de la evacuación de aquella hermosa ciudad después de un saqueo vandálico. En la mañana del 18 divisamos un inmenso caserío blanco, que destacaba sobre el verde azul de la lejana Sierra infinidad de torres, minaretes, espadañas y cimborrios.

IV

Al fin entramos en la ciudad saqueada, aun llena de mortal espanto. Aun no había sido lavada la sangre que manchaba sus calles, ni sabían á ciencia cierta los afligidos cordobeses el dinero y cantidad de alhajas que les habían robado. Antes que en contar lo que les quedaba pensaron en armarse, y si antes habían ido á la lucha los campesinos, siguiendo á los regimientos provinciales y milicias urbanas, después del saqueo todas las clases de la sociedad se apercibieron para lo que, más que guerra, era un ciego plan de exterminio, pues no se decía *vamos á la guerra*, sino *á matar franceses*.

Pasaron días. Aguardando la llegada de Castaños para incorporarnos á él, yo hacía una vida vagabunda y holgazana. Como el servicio del joven D. Diego no exigía más que presentarse en la posada á la hora de comer, pasaba yo el día y parte de la noche discurrendo por las turtuosas calles, que convidan al transeunte á perderse en ellas, entregándose al azar, á lo aventurero, á lo desconocido, sin saber adónde se va ni de dónde se viene... (Un paréntesis para deciros que en mis vueltas y revueltas sentí la sombra, el aliento, el aroma de mi Cuento de Hadas, que en algún escon-

dido repliegue de la morisca ciudad misteriosamente se ocultaba... ¿Lo adiviné, lo presentí, me lo reveló algún súbito roce entre dos hechos, un choque entre una palabra de aquí y otra de allá? No puedo responderme. Creo que hubo de todo, adivinación, indicio, relámpago... Pero he prometido echar la llave al arca del Cuento, y ¡ras!... cierro y sigo.)

Gran inquietud reinaba en Córdoba por la tardanza del ejército de Castaños. Inútil era decir á los impacientes que un ejército no se arma, instruye y equipa en tres días: nadie entendía esto. Consolábase la gente devorando la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, periódico oficial de la *Junta Suprema*. Arrebatado de mano en mano, el papel llevaba por todá la ciudad sus infantiles embustes; los ávidos lectores echaban á rodar por calles y plazas enormes bolas que muchos ingerían con candorosas tragaderas.

Ved una muestra: *Madrid, 6 de junio.*—*El descontento de las tropas enemigas parece general, y corre muy válida la voz de que en Bayona hay insurrección, y de que el Emperador está oculto, añadiendo algunos que herido.*

Y otra: *Toledo, 4.*—*Dícese que cerca de Gallur los franceses han sido derrotados por Palafox, dejando en el campo de batalla 12.000 muertos y un número infinito de heridos. Los españoles les tomaron 48 cañones y 12 águilas. Aquí se habla de la muerte de Josef Napoleón.*

Y estotra: *Cádiz, 14.*—*Corre muy válida la voz de que la Francia está dividida en tres partidos: borbónico, republicano y bonapartista.*

Mientras el vecindario engañaba su fiebre leyendo estas paparruchas, proseguían con ardor los preparativos militares. No creo que haya existido nunca delirio semejante. En las guerras de hoy, las señoras, movidas de sus humanitarios sentimientos, se ocupan en hacer hilas. ¡Ay! entonces las damas tenían alma para

ocuparse en fundir cañones. ¡Cuando tal era el espíritu de las mujeres, cómo estarían los hombres! ¡Hilas! Allí nadie pensaba en tales morondangas.

¡Dios mío, las fatigas que costó vestir militarmente á los Voluntarios y Cuerpos francos! Todo el mujerío de Córdoba se ocupaba noche y día en galonar marselleses, en adornar sombreros, y guarnecer charpas y polainas. Se hicieron muchos uniformes; pero no bastaban para equipar los dos regimientos, uno de Caballería y otro de Infantería, que organizó la Junta de Córdoba. Sin embargo, este inconveniente se obvió disponiendo que con cada prenda de vestir se arreglaran dos: el uno llevaba los calzones, casaca y sombrero, y el otro el pantalón, chaqueta y gorra de cuartel. El correaje también servía para dos: uno llevaba la bayoneta en la cartuchera y el otro en el portabayoneta, y no alcanzando las cartucheras y cananas, se suplían con saquillos de lienzo. Francamente, niños míos, era aquél un ejército que causaba risa.

Al fin, tras larga espera, el 1.º de julio llegó el ejército del General Castaños, y aquella misma noche salimos de Córdoba, despedidos con fervorosa emoción y loco entusiasmo. Anduvimos toda la noche, y al día siguiente, al salir del Carpio, nos desviamos del camino real de Andalucía, tomando á la derecha en dirección á Bujalance. Oídme ahora, queridos niños, y de mi cuento sacaréis provechosa enseñanza, lo que voy á referiros de la heterogénea y abigarrada composición de aquella muchedumbre militar.

Eran base del ejército de Andalucía las tropas del campo de San Roque, mandadas por Castaños, y las que después traería de Granada D. Teodoro Reding. Componíase de lo más selecto de nuestra Infantería de línea, con algunos caballos y muy buena Artillería, no excediendo su número de trece á catorce mil hombres.

Á esto debemos agregar algunos regimientos provinciales. La cifra exacta de los paisanos alistados espontáneamente ó por disposiciones de las Juntas no puedo decirlo, porque no la sé. Muchos eran sin duda, porque la convocatoria llamó á todos los hombres de diez y seis á cuarenta y cinco años, con las solas excepciones que ordinariamente marca la ley. Los únicos rechazados eran los *negros, mulatos, carniceros, verdugos y pregoneros*. Con paisanos creó Sevilla cinco batallones y dos regimientos, y otras villas y ciudades mandaron cuerpos de Infantería y Caballería de número irregular. Creció más el ejército con los militares españoles que el Gobierno de Madrid incorporaba á las divisiones de Monecy, de Vedel ó Lefebvre, y que huían de las traidoras filas francesas en cuanto el paso por lugares quebrados ó montuosos les daba ocasión para ello. Entre estos honrados desertores había Guardias de Corps, valones, ingenieros y artilleros.

Pero un poderoso elemento nuevo vino á reforzar el ejército de Andalucía. La Junta de Sevilla había indultado el 15 de mayo á todos los contrabandistas, y á los penados que no lo fueran por los delitos de homicidio, alevosía ó lesa majestad humana ó divina, y esto trajo una partida, que si no era la mejor tropa del mundo por sus costumbres, en cambio no temía combatir, y fuertemente disciplinada, dió al ejército excelentes soldados. Resultaba, pues, un inmenso amasijo, la flor y la escoria de la Nación: cuerpos reglamentados españoles, con algunos valones y suizos; regimientos de línea, que eran la flor de la tropa española; regimientos provinciales, que ignoraban la guerra, pero que se disponían á aprenderla; honrados paisanos, en su mayor parte muy duchos en el arte de la caza y excelentes tiradores; y por último, contrabandistas, vagabundos de la Sierra, holgazanes convertidos en